

Muchas escenas no se pueden comprender bien sin conocer el ambiente y las personas.

Cayó mala la tía Rafaela, mujer de Santicos y llamaron a don Enrique. Dormía en una habitación de segundas luces y Don Enrique, tan cumplido, al entrar se quita el sombrero y lo echa sobre la cama, espantando a una gallina que había a los pies y se alborotó. Don Enrique preguntó si aquello era la cama o el gallinero y la tía Rafaela lo aplacó diciendo:

—No se asuste usted, Don Enrique, es que está poniendo la americana.

Una vez fue Aniceto Cocina a Madrid con su mujer y entraron en una taberna a comer, pidiendo patatas y huevos fritos.

El camarero les pone los cubiertos y dice Aniceto:

—Recoja el cargaor, que esto se usa en mi pueblo para sacar el estiercol.

Y el camarero le contesta mirando al tenedor.

—Pues si que son finos en su pueblo.

APODOS ALCAZAREÑOS

Desde que iba a dar lecciones de guitarra, que no era darlas, aunque así se decía, sino tomarlas, me vienen sonando los apodos de dos de nuestros ciegos, que están muy bien puestos pero que no me los he explicado nunca: me refiero al ciego el Colgandero y al ciego el Jacarero, sobre todo a este que lo encuentro demasiado refinado para su época y el medio en que le tocó vivir de la calle del Santo y que parece muy suyo personal y no herencia familiar, pues todo el mundo le decía el Jacarero y no el del Jacarero como se le ha dicho siempre al que lleva apodo por herencia, como Pablo el de Quinica, Pedro el de la Junquilla, el cojo del Pití etc.

Le viene bien el apodo porque siempre fue guitarrista y es obligado que también cantara, pero lo que no se explica, por no ser corriente entre nosotros, es que a los supuestos cánticos se les llamara "jácaras" y a él por consecuencia el de las "jácaras" o "el jacarero". ¿Cómo podría suceder eso? ¿Quién podría ser el atildado que le pusiera el mote?

En casi todos los pueblos hay personas de una agudeza especial para calificar a sus vecinos y alrededor de Leoncio debió haber alguien que saturado de sus cánticos, bromas y risas, dió con la expresión que le definía mejor, porque nadie le distinguió ni él atendió más que por el defecto de la ceguera, que ya era para singularizarle y el exceso de su condición bromística y pocos sabrán como se llamaba, Leoncio Lizano, y que vivía en la casa de la Higuera de la calle del Santo.